

CAPÍTULO 12: ¿QUIÉN PUEDE ORAR?

Solo han pasado dos siglos desde que seis estudiantes universitarios fueron expulsados de la Universidad de Oxford únicamente porque se reunían en las habitaciones de cada uno para orar de forma espontánea. Ante esto, George Whitefield escribió al Vicerrector: «Es de esperar que, así como algunos han sido expulsados por orar de forma espontánea, oigamos hablar de algunos otros de índole contraria siendo expulsados por maldecir de forma espontánea». Hoy, gracias a Dios, ningún hombre en nuestra tierra es impedido por sus semejantes de orar. Cualquier hombre puede orar, pero ¿tiene todo hombre el derecho de orar? ¿Escucha Dios a cualquiera?

¿Quién puede orar? ¿Es el privilegio, el derecho, de todos los hombres? No todos pueden reclamar el derecho de acercarse al Rey de nuestro reino. Pero hay ciertas personas y cuerpos de personas que tienen el privilegio de acceso inmediato a nuestro soberano. El Primer Ministro tiene ese privilegio. La antigua Corporación de la Ciudad de Londres puede en cualquier momento presentar su petición a los pies del Rey. El embajador de una potencia extranjera puede hacer lo mismo. Solo tiene que presentarse en la puerta del palacio del Rey, y ningún poder puede interponerse entre él y el monarca. Puede entrar de inmediato a la presencia real y presentar su petición. Pero ninguno de estos tiene tal facilidad de acceso y tan amorosa bienvenida como el propio hijo del Rey.

Pero existe el Rey de reyes, el Dios y Padre de todos nosotros. ¿Quién puede ir a Él? ¿Quién puede ejercer este privilegio —sí, este poder— ante Dios? Se nos dice —y hay mucha verdad en la observación— que en el hombre o la generación más escépticos, la oración siempre está bajo la superficie, esperando. ¿Tiene el derecho de salir a la luz en cualquier momento? En algunas religiones tiene que esperar. De todos los millones en la India que viven en la esclavitud del hinduismo, nadie puede orar excepto los brahmanes! Un comerciante millonario de cualquier otra casta debe por fuerza conseguir un brahmán —¡a menudo un mero niño en la escuela!— para que diga sus oraciones por él.

El mahometano no puede orar a menos que haya aprendido algunas frases en árabe, porque su «dios» solo escucha las oraciones ofrecidas en lo que ellos creen que es el idioma sagrado. ¡Alabado sea Dios, no existen tales restricciones de casta o idioma entre nosotros y nuestro Dios! ¿Puede, por lo tanto, cualquier hombre orar?

Sí, respondes, cualquiera. Pero la Biblia no lo dice. Solo un hijo de Dios puede orar verdaderamente a Dios. Solo un hijo puede entrar en Su presencia. Es gloriosamente cierto que cualquiera puede clamar a Él por ayuda —por perdón y misericordia—. Pero eso apenas es oración. La oración es mucho más que eso. La oración es entrar en «el lugar secreto del Altísimo» y morar bajo la sombra del Omnipotente (Sal. 91. 1). La oración es dar a conocer a Dios nuestras necesidades y deseos, y extender la mano de la fe para tomar Sus dones. La oración es el resultado del Espíritu Santo que mora dentro de nosotros. Es comunión con Dios. Ahora bien, difícilmente puede haber comunión entre un rey y un rebelde. ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas? (II Cor. 6. 14). En nosotros mismos no tenemos derecho a orar. Tenemos acceso a Dios solo a través del Señor Jesucristo (Ef. 3. 18, 2. 12).

La oración es mucho más que el clamor de un hombre que se ahoga —de un hombre que se hunde en el remolino del pecado: «¡Señor, sálvame! ¡Estoy perdido! ¡Estoy arruinado! ¡Redímeme! ¡Sálvame!» Cualquiera puede hacer esto, y es una petición que nunca queda sin respuesta, y una que, si es sincera, nunca recibe una respuesta demorada. Porque «el hombre no puede ser un proscrito de Dios aunque quisiera». Pero eso no es oración en el sentido bíblico. Incluso los leones, rugiendo tras su presa, buscan su comida de Dios; pero eso no es oración.

Sabemos que nuestro Señor dijo: «Todo el que pide, recibe» (Mat. 7. 8). Ciertamente lo dijo, pero ¿a quién? Estaba hablando a Sus discípulos (Mat. 5. 1, 2). Sí, la oración es comunión con Dios: la «vida hogareña» del alma, como alguien la describe. Y dudo mucho que pueda haber comunión con Él a menos que el Espíritu Santo more en el corazón, y hayamos «recibido» al Hijo, y así tengamos el derecho de ser llamados «hijos de Dios» (Juan 1. 12).

La oración es el privilegio de un hijo. Solo los hijos de Dios pueden reclamar del Padre celestial las cosas que Él ha preparado para los que le aman. Nuestro Señor nos dijo que en la oración deberíamos llamar a Dios «Padre nuestro». Ciertamente, ¿solo los hijos pueden usar esa palabra? San Pablo dice que es «por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo a vuestros corazones, el cual clama: ¡Abba, Padre!» (Gál. 4. 6). ¿Es esto lo que estaba en la mente de Dios cuando, al tratar con los «consoladores» de Job, dijo: «Mi siervo Job orará por vosotros, porque a él aceptaré»? (Job 42. 8). Parecía que ellos no habrían sido «aceptados» en cuanto a la oración. Pero tan pronto como uno se convierte en «hijo de Dios», debe entrar en la escuela de la oración. «He aquí, él ora», dijo nuestro Señor de un hombre tan pronto como fue convertido. Sin embargo, ese hombre había «dicho» oraciones toda su vida (Hechos 9. 11). Los hombres convertidos no solo pueden orar, sino que deben orar —cada uno por sí mismo y, por supuesto, por los demás—. Pero, a menos que y hasta que podamos llamar a Dios «Padre» con verdad, no tenemos derecho a ser tratados como hijos —como «hijos», «herederos de Dios y coherederos con Cristo»—, ningún derecho en absoluto. ¿Dices que esto es duro? No, ciertamente es natural. ¿No tiene privilegios un «hijo»?

Pero no me malinterpretes. Esto no excluye a ningún hombre del reino de los cielos. Cualquiera, en cualquier lugar, puede clamar: «¡Dios, ten misericordia de mí, pecador!» Cualquier hombre que esté fuera del redil de Cristo, fuera de la familia de Dios, por muy malo que sea, o por muy bueno que se crea, puede en este mismo momento convertirse en un hijo de Dios, incluso mientras lee estas palabras. Una mirada a Cristo con fe es suficiente. «Mira y vive». Dios ni siquiera dijo «ve» —¡dice solo mira! Vuelve tu rostro hacia Dios.

¿Cómo se convirtieron aquellos cristianos gálatas en «hijos de Dios»? Por la fe en Cristo. «Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Gál. 3. 26). Cristo hará de cualquier hombre un hijo de Dios por adopción y gracia en el momento en que se vuelva a Él con verdadero arrepentimiento y fe. Pero no tenemos ningún derecho legítimo ni siquiera sobre la providencia de Dios a menos que seamos Sus hijos. No podemos decir con confianza o certeza: «Nada

me faltará», a menos que podamos decir, con confianza y certeza: «El Señor es mi Pastor».

Sin embargo, un hijo tiene derecho al cuidado, amor, protección y provisión de su padre. Ahora bien, un hijo solo puede entrar en una familia naciendo en ella. Nos convertimos en hijos de Dios al «nacer de nuevo», «nacer de lo alto» (Juan 3. 3, 5). Es decir, creyendo en el Señor Jesucristo (Juan 3. 16).

Habiendo dicho todo esto como advertencia, y quizás como explicación de por qué algunas personas encuentran que la oración es un completo fracaso, nos apresuramos a añadir que Dios a menudo escucha y responde la oración incluso de aquellos que no tienen un derecho legal a orar —de aquellos que no son Sus «hijos», e incluso pueden negar que Él existe—. Los Evangelios nos hablan de no pocos incrédulos que vinieron a Cristo para ser sanados; y Él nunca envió a ninguno sin la bendición anhelada —nunca—. Vinieron como «mendigos», no como «hijos». E incluso si «los hijos deben ser alimentados primero», estos otros recibieron las migajas —sí, y más que migajas— que fueron dadas gratuitamente.

Así que hoy Dios a menudo escucha el clamor de los incrédulos por misericordias temporales. Un caso bien conocido por el escritor puede darse como ilustración. Mi amigo me contó que había sido ateo durante muchos años. Mientras era infiel, había cantado durante cuarenta años en un coro de iglesia porque le gustaba la música. Su anciano padre cayó gravemente enfermo hace dos o tres años, y yacía con gran dolor. Los médicos no podían aliviar al sufriente. En su angustia por su padre, el corista infiel cayó de rodillas y clamó: «¡Oh Dios, si hay un Dios, muestra Tu poder quitando el dolor de mi padre!» Dios escuchó el lastimero clamor del hombre y quitó el dolor inmediatamente. El «ateo» alabó a Dios y se apresuró a ver a su vicario para descubrir el camino de la salvación. Hoy está totalmente por Cristo, dedicando todo su tiempo a la obra de su recién encontrado Salvador. Sí, Dios es más grande que Sus promesas, y está más dispuesto a escuchar de lo que nosotros estamos a orar.

Quizás la más sorprendente de todas las «oraciones» de labios de incrédulos es la registrada de Caroline Fry, la autora de *Cristo Nuestro Ejemplo*. Aunque

poseía belleza, riqueza, posición y amigos, descubrió que nada de eso la satisfacía, y finalmente, en su total miseria, buscó a Dios. Sin embargo, su primer pronunciamiento a Él fue una expresión de abierta rebelión y odio hacia Él. ¡Escúchalo! —no es la oración de un «hijo»—:

«Oh Dios, si Tú eres un Dios: no te amo; no te quiero; no creo que haya felicidad en Ti: pero soy miserable como estoy. Dame lo que no busco; dame lo que no quiero. Si puedes, hazme feliz. Soy miserable como estoy. Estoy cansado de este mundo; si hay algo mejor, dámelo».

¡Qué «oración»! Sin embargo, Dios la escuchó y respondió. Perdonó a la descarriada y la hizo radiantemente feliz y gloriosamente fructífera en Su servicio.

Incluso en pechos salvajes
Hay anhelos, ansias, deseos
Por el bien que no comprenden.
Y sus manos débiles e indefensas,
Tanteando a ciegas en la oscuridad,
Tocan la diestra de Dios en la oscuridad,
Y son levantadas y fortalecidas.

¿Modificaremos, entonces, un poco nuestra pregunta y preguntaremos: «¿Quién tiene derecho a orar?» Solo los hijos de Dios en quienes mora el Espíritu Santo. Pero, aun así, debemos recordar que ningún hombre puede acercarse sin vergüenza y con confianza a su Padre celestial a menos que viva como un hijo de Dios debe vivir. No podemos esperar que un padre prodigue sus favores a hijos descarriados. Solo un hijo fiel y santificado puede orar con el Espíritu y orar también con el entendimiento (I Cor. 16. 15).

Pero si somos hijos de Dios, nada sino el pecado puede obstaculizar nuestras oraciones. Nosotros, Sus hijos, tenemos el derecho de acceso a Dios en cualquier momento, en cualquier lugar. Y Él entiende cualquier forma de oración. Podemos

tener un don maravilloso de palabra que se derrama en un torrente de acción de gracias, petición y alabanza como San Pablo; o podemos tener la quieta, profunda comunión de amante de un San Juan. El erudito brillante como John Wesley y el humilde zapatero como William Carey son igualmente bienvenidos al trono de la gracia. La influencia en la corte del cielo no depende del nacimiento, la brillantez o los logros, sino de la humilde y absoluta dependencia del Hijo del Rey.

Moody atribuyó su maravilloso éxito a las oraciones de una mujer inválida oscura y casi desconocida. ¡Y verdaderamente los santos inválidos de Inglaterra podrían lograr un rápido avivamiento con sus oraciones! ¡Oh, que todos los «confinados en casa» hablaran!

¿No cometemos un error al suponer que algunas personas tienen un «don» de oración? Un brillante estudiante universitario de Cambridge me preguntó si la vida de oración no era un don, y uno que muy pocos poseían. Sugirió que, así como no todos son musicales, uno se espera que todos sean dados a la oración! Jorge Müller fue excepcional no porque tuviera un don de oración, sino porque oraba. Aquellos que no pueden «hablar bien», como Dios declaró que Aarón podía, pueden laborar en secreto mediante la intercesión con aquellos que hablan la palabra. Debemos tener gran fe si hemos de tener gran poder con Dios en la oración, aunque Dios es muy misericordioso y a menudo va más allá de nuestra fe.

Enrique Martyn fue un hombre de oración, sin embargo, su fe no estaba a la altura de sus oraciones. Una vez declaró que «esperaría tan pronto ver a un hombre resucitar de entre los muertos como ver a un brahmán convertido a Cristo». ¿Diría Santiago: «No piense ese hombre que recibirá cosa alguna del Señor»? (Santiago 1. 7). Ahora bien, Enrique Martyn murió sin ver a un solo brahmán aceptando a Cristo como su Salvador. Solía retirarse, día tras día, a una pagoda desierta para orar. Sin embargo, no tuvo fe para la conversión de un brahmán. Hace unos meses, en esa misma pagoda se arrodillaron brahmanes y mahometanos de todas partes de la India, Birmania y Ceilán, ahora compañeros cristianos. Otros habían orado con mayor fe que Enrique Martyn.

¿Quién puede orar? Nosotros podemos; pero ¿oramos? ¿Nos mira nuestro Señor con aún más patetismo y ternura que cuando pronunció por primera vez las palabras, y dice: «Hasta ahora nada habéis pedido en Mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo»? (Juan 16. 24). Si el querido Maestro dependía de la oración para hacer de Su obra un poder, ¿cuánto más nosotros? Él a veces oraba con «fuerte clamor y lágrimas» (Heb. 5. 7). ¿Nosotros? ¿Hemos derramado alguna vez una lágrima de oración? Bien podríamos clamar: «Avímanos, e invocaremos Tu nombre» (Sal. 80. 18).

La exhortación de San Pablo a Timoteo bien puede aplicarse a todos nosotros: «Aviva el don de Dios que está en ti» (II Tim. 1. 6). Porque el Espíritu Santo es el gran Ayudador de la oración. Somos incapaces por nosotros mismos de traducir nuestras verdaderas necesidades en oración. El Espíritu Santo hace esto por nosotros. No podemos pedir como conviene. El Espíritu Santo hace esto por nosotros. Es posible que un hombre sin ayuda pida lo que es para nuestro mal. El Espíritu Santo puede impedirlo. Ninguna mano débil o temblorosa se atreve a poner en movimiento una fuerza poderosa. ¿Puedo yo —me atrevo yo— mover la Mano que mueve el universo? ¡No! A menos que el Espíritu Santo tenga control de mí.

Sí, necesitamos ayuda divina para la oración —¡y la tenemos! ¡Cómo se deleita toda la Trinidad en la oración! Dios el Padre escucha: el Espíritu Santo dicta: el eterno Hijo presenta la petición —y Él mismo intercede—; y así la respuesta desciende.

Créeme, la oración es nuestro privilegio más alto, nuestra responsabilidad más grave y el mayor poder que Dios ha puesto en nuestras manos. La oración, la oración real, es el acto más noble, el más sublime, el más asombroso que cualquier criatura de Dios puede realizar.

Es, como declaró Coleridge, la energía más elevada de la que es capaz la naturaleza humana. Orar con todo tu corazón y con todas tus fuerzas —ese es el último y más grande logro de la lucha del cristiano en la tierra.

«¡SEÑOR, ENSEÑANOS A ORAR!»